

4ª SEMANA DE PASCUA

¿Quieres dejarte cuidar?

“Para mucha gente, la “pascua” termina con las vacaciones laborales y escolares que terminaron hace una semana. Pascua es desconexión; la pascua de la gente en general se ha convertido en asueto, en vacación, en viaje, en dormir a pierna suelta. Y cuando de nuevo vuelve la rutina de cada día, la pascua termina para ellos. Pero nuestra “Pascua” es un anuncio continuo de ese mensaje que Pablo y los apóstoles transmitían a todos, incluso más allá de los “creyentes de toda la vida”, y que queda perfectamente resumido en el centro de nuestra fe: Él vive; nuestro Dios es el Dios de la Vida, porque resucitó y por eso estamos alegres.

Escuchan mi voz.

Escuchando el evangelio, lo primero que me llama la atención es que Jesús dice que sus ovejas escuchan su voz. Cuando salgo a la montaña y veo a los pocos pastores que quedan emitiendo esos sonidos, silbidos y gritos que guían al rebaño, no veo que las ovejas escuchen, sino más bien simplemente parece que oyen y van “aborregadas”, valga la expresión, hacia donde el pastor les va dirigiendo. Curiosa la diferencia. Quizás sea que “ser ovejas” consiste en algo distinto; puesto que no somos animales (o no deberíamos serlo) los que tenemos a Jesús como nuestro pastor deberíamos pues, en primer lugar, escuchar su voz. Y por eso cabe preguntarse por cosas tan básicas como el papel que juega en nuestra vida la escucha de la Palabra: si revisamos diariamente nuestras vidas con la Palabra de Dios o si nos quedamos en rebuscar entre pecados y mandamientos; si realmente necesitamos escuchar a Jesús como el que guía, y acudimos o no a Él en las encrucijadas de nuestra vida.

Las conozco

Jesús no es como el sistema de salud, en el que entregas la cartilla o tarjeta sanitaria, miran tu número, sale tu expediente en un ordenador o en una carpeta, y sin mirarte a la cara te extienden una receta. Esa frialdad es lo contrario a lo que Jesús quiere que recordemos siempre. “Te conozco”, nos dice. Sabe cómo eres, de qué pie cojeas, en qué prados te sientes más a gusto y en cuáles necesitas especial compañía porque te asustan. Y por eso, vivir una relación con Jesús, el pastor, en la que Él sea visto como el Altísimo y Omnipotente, Poderoso y Lejano Señor de los Ejércitos ... es verle en el polo radicalmente opuesto de quien quiere ser. Por eso, hay que preguntarse también si somos capaces de descubrir a nuestro lado a ese pastor cercano, cariñoso, próximo que nos mira con una gran sonrisa ante nuestros miedos y vergüenzas y nos repite: “¡Peo hombre! ¡Si te conozco a la perfección...!”

Me siguen

No es una redundancia, no. Las ovejas de Jesús, las que le escuchan, las que son conocidas de Él..., hacen una opción. No quieren ir por libre, sino que deciden un determinado camino; y aquí Jesús no habla de rebaños, habla de ovejas. Son rebaño porque todas deciden ir por el mismo sitio, que no es otro que detrás de Él. Es lo que nos permite a veces ir en grupo siendo tan distintos: aunque no veamos ninguna posibilidad de identificarnos con el que tenemos al lado, siempre existe un criterio de unicidad: somos los que le seguimos. A la luz de esto, podemos preguntarnos si le estamos siguiendo o si utilizamos nuestra libertad para ir por libre, tan “por libre” que en realidad no estemos yendo tras él, sino que nos estemos construyendo una religión a nuestra medida.

Les doy la vida eterna. No perecerán.

Sólo unas palabras al respecto: Jesús quiere ofrecernos la mejor de las vidas. Vida para siempre. Ausencia de muerte. No ser aniquilados. No tiene nada que ver con sufrir o no, no es eso...; es mucho más profundo, más trascendente: es la capacidad de integrar todo, lo bueno y lo malo, en una vida que por fin sea plena, y con la mayor de las confianzas: la de su eterno cuidado por cada una de las ovejas. Es una manera de escuchar hoy: quiero cuidar de ti para siempre. Y ante eso, una última pregunta: ¿Quieres dejarte cuidar?”

APARICIONES

Apareciste
cuando el alma
no tenía prisa
ni de llegar,
ni de crecer,
ni de morir.

Cuando te fuiste,
el cuerpo
no hizo balance
ni de ausencias,
ni de caricias,
ni de preguntas.

Y me dejaste
una sorpresa,
una certeza,
un corazón.

¡Nunca te fuiste!

